



Acerca del retrato de la reina Margarita II de Lars Physant

Por Thyge Christian Fønss

Desde principios del siglo XVI, los monarcas daneses han sido retratados en cuadros y esculturas, tanto por artistas daneses como por extranjeros. La reina Margarita II es sin lugar a dudas de entre nuestros regentes la que más veces ha sido retratada, por muy diversos artistas y en situaciones de lo más variopintas. A lo largo de sus hasta ahora cuarenta y tres años de reinado, la Reina ha sido retratada en su vida privada por, entre otros, Thomas Kluge, Pietro Annigoni y Henrik Have; como icono oficial por artistas tales como Andy Warhol, Preben Hornung y Mikael Melbye; como esposa se pueden citar Malel, Bjørn Nørgaard y Niels Winkel; y finalmente como artista por Niels Strøbek, Jeppe Eisner y Michael Kvium. Tras cursar estudios en la Sorbona, Cambridge y la Universidad de Aarhus, la Reina es la primera universitaria entre los monarcas daneses, y sin embargo, esta faceta importante de su vida no se convirtió en motivo de un retrato hasta 2015, cuando con ocasión del 75 aniversario de la modelo éste se descubrió en el Museo Nacional en Copenhague. El retrato fue creado por el artista danés, residente en Barcelona, Lars Physant, y es esta obra de arte que el presente texto pretende describir.

Lars Physant es un artista polifacético que goza de gran reconocimiento en España y que, además, en los últimos años ha adquirido un notable renombre en la escena artística danesa, sobre todo gracias a sus retratos. Todos ellos, sin excepción, muestran una especial sensibilidad por la vida interior de sus modelos que a menudo se une de manera soberbia a una sincera y sentida concepción del aspecto y los rasgos característicos de estos mismos. Los retratos de Lars Physant aparecen como de una sola pieza, tanto desde el punto de vista compositivo como del colorista, pero comparado con muchos de los demás retratistas daneses es sobre todo su capacidad para meterse bajo la piel de sus modelos, para analizar las muchas impresiones que con ello consigue y unir las en una única expresión sobre el lienzo, lo que debe despertar nuestra admiración.

A Lars Physant no le basta con capturar una fisonomía y plasmarla: el estudio del ser humano debe resultar en sustancia y alma, y esto sólo se consigue a través de un proceso de trabajo bastante excepcional para el ámbito artístico contemporáneo, que comprende cuantiosos bocetos pintados y dibujados, así como numerosas y largas reuniones y sesiones de posado con los modelos. Así pues, a cada retrato terminado le corresponde una amplia colección de bocetos que abarca desde leves esbozos sobre papel a retratos completamente terminados sobre lienzo. En este proceso, los modelos son retratados en actitudes y situaciones de lo más variadas, y es la suma de todos estos bocetos la que finalmente conduce al artista hasta la atmósfera y

apariencia del retrato final. En el estudio del artista hay, pues, un sinfín de bosquejos que, la mayoría de las veces, parecen obras de arte acabadas, pero que según la óptica de Lars Physant tan sólo pueden considerarse como precipitaciones en el camino hacia el sublime y definitivo retrato. Se trata de un proceso de trabajo bastante singular, lento y único que en cualquier caso el especialista en retratos que esto suscribe no ha visto en ningún otro retratista danés contemporáneo. Muchos artistas realizan un par de bocetos cuando les encargan un retrato, pero dedicar meses a dibujar y pintar hasta veinte retratos acabados con el fin de ir en busca del aspecto tanto interior como exterior de su modelo es, desde un punto de vista artístico, muy ambicioso, muy respetuoso para con los modelos y, sobre todo, una de las claves del éxito de Lars Physant como retratista.

El retrato de la reina Margarita II es un regalo del Museo Nacional con motivo del 75 aniversario de la modelo, y tras un período de exposición en el museo será incorporado a la amplia colección de arte de la pareja de regentes. Fue deseo expreso de Lars Physant que el retrato estuviera relacionado con la gran especialidad de Museo Nacional –la edad antigua en Dinamarca– algo que fácilmente podía asociarse con las aficiones de la Reina entre las que, como es sabido, se halla en sumo grado su pasión por la arqueología. Así, en el retrato aparecen numerosas referencias a la arqueología, entre ellas, las joyas de la Reina, donde los pendientes representan las fortalezas vikingas de Fyrkat y Trelleborg y el broche de la de Aggersborg. Sobre los tintes arqueológicos del retrato, Lars Physant ha comentado:

«Muy pronto consideré pintar a la Reina en una estancia definida por objetos arqueológicos o tal vez incluso en una excavación. El motivo por el que descarté esta idea fue que me había quedado bien a las claras que la Reina nunca pretendió crear su propia colección de restos arqueológicos. Eso se lo deja a los museos. Además, comprendí que prefería no tener que señalar un objeto favorito propiamente dicho entre todos los interesantes hallazgos, así que no existía un único objeto al que pudiera concederle un papel especial en el cuadro. Lo más cerca que llegamos a un objeto así es el maravilloso cascabel de Moesgaard, que acabé colocando sobre la mesa, en la esquina inferior izquierda del cuadro.»

El decorado del retrato lo compone el estudio personal de la Reina en el palacio de Fredensborg, específicamente el rincón cerca de la profunda ventana, un lugar donde a la Reina le suele gustar sentarse a leer. La estancia está dominada por una gran colección de retratos menores del siglo XVIII, todos ellos pintados sobre láminas de cobre y montados simétricamente en la pared como parte de la decoración panelada de estilo Luis XVI. Los retratos representan a los familiares de la reina Juliana María, complementados por dos óleos de gran tamaño de Carl Gustaf Pilo y Louis Tocqué, de principios de los años 1760, que retratan a su madre, la duquesa Antonieta Amalia de Brunswick-Wolfenbüttel, y a su hijo, el príncipe heredero Federico. Lars Physant no quiso representar esta pared, por lo demás llena de interés histórico-artístico, en su retrato de la Reina, pues su gran colorismo y riqueza en detalles habría dejado sin aliento la unidad del retrato. Así pues, optó por sustituir la galería de antepasados por un plano de conjunto de las excavaciones de Jelling y complementarlo con algunos símbolos de los restos arqueológicos más importantes de Dinamarca. Con ello eleva el retrato a un nivel metafísico que lo aleja de una interpretación impulsiva y realista, y que en cambio inserta a la Reina en un contexto simbólico mayor, casi abstracto, que la coloca en una línea directa con Gorm el Viejo, padre de la estirpe real danesa. De este modo, se puede interpretar el retrato como un hilo conductor entre pasado y presente, exactamente la misma función que desarrolla la arqueología: como mediador del pasado.

En la historia del arte no es, ni mucho menos, una rareza ver descrita una obra de arte en una obra de arte –en este caso, el plano de conjunto de Jelling. Así, en el siglo XVII Johannes Vermeer a menudo pintó mapas y cuadros en el fondo de sus obras a modo de portadores de valores simbólicos que podían ayudar al espectador a descifrar el significado y la enseñanza del cuadro. Lars Physant es un gran admirador de Vermeer, y la idea de incluir el plano de Jelling en el retrato de la Reina está inspirada sobremanera en el artista holandés:

«Como en varios de los cuadros de Vermeer, el fondo es una ampliación del contenido cromática y armonizadora de la luz en el que un mapa o un cuadro se convierte en una especie de visualizador de lo que eventualmente tenga lugar en la conciencia de las personas retratadas.»

Si trasladamos lo antes descrito al retrato, el plano simboliza aquello sobre lo que la Reina reflexiona al tiempo que lee sobre arqueología. En tal caso, es posible que sus pensamientos giren alrededor de las excavaciones de Jelling, entre otras, el gigantesco barco de piedra y la igualmente enorme empalizada que destacan nítidamente sobre los diagramas del fondo. Desde un punto de vista semántico, la inclusión del plano detrás de la Reina también se puede interpretar como una visualización de lo que ha definido la vida y el destino de la Reina, a saber, que en 2015, a través de cincuenta y cuatro generaciones se une final y simbólicamente con el padre de su estirpe, Gorm el Viejo, cuya tumba conforma el centro exacto de la imagen que aparece detrás de ella. Así, hay muchos planos de realidad y simbolismo, presente y pasado, en juego en el retrato de Lars Physant, y de esta manera se abre a las interpretaciones de muchos y variados espectadores, sea cual sea el plano del cuadro que uno elija contemplar.

El retrato se creó a lo largo del invierno y la primavera de 2014-2015, cuando la Reina posó durante cinco tardes tanto para bocetos dibujados como fotográficos. A partir de este material, Lars Physant trabajó con exclusividad en la creación del retrato durante los meses que siguieron, y fue en este proceso que realizó la antes mencionada serie de retratos de la Reina. En parte para familiarizarse concretamente con el aspecto de la Reina, en parte para rastrear la atmósfera que debería imperar en el retrato definitivo, pero también para intentar aproximarse a la Reina y, en este proceso, procurar retirar las múltiples capas de prejuicio y predisposición que toda una vida de exposición mediática de la primera dama de Dinamarca ha dejado en la mayoría de daneses. Lars Physant quería experimentar a su modelo de nuevo, empezar de cero, y encontrar el núcleo de la persona que tenía que retratar. Si contemplamos los numerosos bosquejos que acompañan este texto veremos que Lars Physant pronto alcanzó una sensación de cordialidad y genuinidad en la Reina, porque estos rasgos se advierten en gran medida en la mayoría de las obras. Es una mujer solícita, casi confidente, la que nos mira a los ojos en algunos de los esbozos, mientras que en otros se advierte a un ser humano profundamente concentrado. Casi ningún otro retratista de la Reina ha conseguido crear imágenes tan intimistas de ella, y hay que agradecerle a Lars Physant que trabajara obstinadamente con su motivo y su modelo hasta conseguir el grado de comprensión que consideró necesario para poder realizar el retrato definitivo.

«Como modelo, la Reina se mostró tremendamente seria, generosa y solícita. Era formidablemente consciente de la dimensión de la cooperación a todos los niveles que debe existir entre pintor y modelo.»

«Sílvia ha creado la estructura en relieve de 154 por 154 centímetros y una profundidad de ocho milímetros. Se encargó ella sola de la composición de las doce partes –de hecho podemos hablar de doce "imágenes" o "universos" que conforman un "multiverso" que constituye la

superficie total del cuadro y se compone de doce tipos de lienzo, todos diferentes entre sí. Pero eso sí, le puse una condición: que el rostro de la Reina apareciera en la composición de tal manera que su ojo derecho fuera el centro exacto de la obra.»

Quizá lo más característico de las obras de Lars Physant sea que no están enmarcadas. Las obras están construidas con muchas y diversas planchas parcialmente recubiertas de lienzo que se traducen en una superficie viva y asimétrica, siendo responsabilidad del artista crear calma y equilibrio en el motivo sobre una superficie desigual que, a bote pronto, invita a todo lo contrario. Lars Physant lleva años pintando sobre estos «lienzos» que confieren a sus motivos una expresión singular y muy original. Es la esposa de Lars Physant, la artista Sílvia Magrinyà-Costán, quien realiza estas estructuras en relieve, y a menudo no es hasta que Lars Physant tiene uno de estos lienzos nuevos entre sus manos que empieza a ser capaz de percibir la composición, la textura y la unidad tonal de un cuadro. Así pues, se trata de un tándem muy interesante, tanto artística como conyugalmente. A propósito del trabajo con el retrato de la Reina resulta bastante evidente comparar estas estructuras en relieve con los decoupages de la Reina, pues ambas técnicas se impulsan a partir del collage, y ambas técnicas trabajan a partir de una concepción del motivo casi cubista, donde la sensación de espacio en parte es sustituido por un ámbito intemporal:

A lo largo de la historia del arte, el típico reparto de papeles entre hombres y mujeres siempre ha sido bastante dogmático y estrecho de miras, y eso se manifiesta especialmente en el arte del retrato, cuando los pintores de escasos medios tienen que ilustrar las diferencias entre géneros, entre masculinidad y feminidad. Mientras que a los hombres a menudo se les ha retratado rodeados de símbolos guerreros o implicados en actividades al aire libre, a las damas, en cambio, se las ha representado con símbolos de la vida doméstica y sedentaria, como labores y libros. El hombre decidido y extrovertido que defiende el hogar y procura el alimento contrapuesto a la esposa, ama de casa e introvertida, que en su calidad de musa del hogar se deja defender. Por mucho que haya un sinnúmero de exquisitos ejemplos de retratos que representan a hombres leyendo, es curioso lo habitual que resulta ver un libro como atrezo en los retratos de las damas. La lectura es un pasatiempo que pertenece a la vida doméstica y, por lo tanto, ha sido considerado como un divertimento adecuado para las hijas de la burguesía que, gracias al mundo de los libros, podían matar un poco el tiempo mientras esperaban que llamara un pretendiente a su puerta. Resulta difícil determinar cuántas de entre las numerosas damas que en sus retratos levantan la mirada de un libro para sonreír al espectador eran realmente eruditas, pero lo que sí resulta evidente es que las atildadas y dulces señoritas difícilmente se convirtieron en organizadoras de salones literarios de la talla de Madame Geoffrin. El caso de la reina Margarita II es muy distinto, y eso lo ha entendido Lars Physant a la perfección. Desde luego no se trata de una huera afectación cuando la Reina en el retrato hojea un libro sobre la edad antigua en Dinamarca. La Reina es una de las personas más leídas del país, y sus conocimientos pueden incluso dejar sin aliento a los investigadores más serios. De ahí que sea un gran placer que por fin, gracias a Lars Physant, tengamos un retrato de la Reina digno de su sabiduría y su curiosidad intelectual. Tanto desde un punto de vista simbólico como naturalista, Lars Physant ha conseguido instalar a su modelo en un impresionante contexto con la fe de bautismo en las paredes de Fredensborg, aunque este ambiente no aleja el foco del rostro de la Reina. Como espectadores no dudamos ni un instante de que nos hallamos ante una persona que encuentra una gran fuerza y una gran integridad en la lectura y en la historia. Aun cuando el rostro de la Reina ocupa muy poco espacio en la imponente composición, su mirada inteligente atrae toda la atención del espectador. Así, el retrato de Lars Physant se inscribe de la forma más distinguida en la iconografía de la Reina que se ha visto notablemente enriquecida con el regalo del Museo Nacional.

«La idea de contemplar a la modelo en un estado de concentración y auto olvido fue importante para mí, y quise trasladarla al retrato. Siempre he creído que tenía que ser posible alcanzar un estado de contacto visual sin por ello tener que sacrificar la experiencia de la situación de profunda concentración. El mero intento de llegar a este momento intensamente fugaz fue sencillamente el tema principal para mí.»